

VESNA GOLDSWORTHY

GORSKY

Traducción de Horacio Pons



Goldsworthy, Vesna
Gorsky / Vesna Goldsworthy. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2015.
248 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Horacio Pons.
ISBN 978-987-628-391-5

1. Novela. I. Pons, Horacio, trad. II. Título.
CDD 863

Título original: *Gorsky*

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Primera edición en Argentina: diciembre de 2015

© Vesna Goldsworthy, 2015.

Publicado por primera vez como GORSKY por Chatto & Windus, una editorial de Vintage Publishing, que forma parte del grupo de empresas Penguin Random House.

© de la traducción Horacio Pons, 2015

© de la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-391-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.

Impreso en Argentina

Para Jacqueline Lewis

Ese fue el informe que los enviados ingleses hicieron de lo que habían visto y padecido en Rusia; y la llegada de los enviados rusos a Inglaterra confirmó su testimonio. Los extranjeros no hablaban una lengua civilizada. Su porte, sus gestos, sus saludos eran de una índole bárbara y salvaje. El embajador y los grandes que lo acompañaban eran tan espléndidos que todo Londres se agolpaba para verlos, y estaban tan sucios que nadie se atrevía a tocarlos. Al acudir a los bailes de la Corte dejaban caer perlas y sabandijas.

Thomas Macaulay, *Historia de Inglaterra* (1848)

1

Era la clase de negocio que solo se presenta una vez en la vida. Si tienes suerte.

Hubo, para empezar, un año de fiestas glamorosas: un año inesperado e inmerecido, sin comparación con nada que yo hubiera experimentado. Luego todo se interrumpió de improviso y tuve que volver a lo que antes era, a un idioma diferente y un lugar distinto. Gorsky me cambió la vida.

Recuerdo su primera visita a la librería. No podías dejar de advertirlo, aun en una ciudad como Londres, donde millones se afanan por llamar la atención. La gente ronda con un pavoneo exhibicionista, como si fueran las estrellas de su propio clip de YouTube. Él era silenciosamente notable: extranjero, caro, en cierto modo inmóvil aun cuando se moviera, con el volumen permanentemente bajo. Su jeta melancólica era equina y aristocrática, y sus casimires a medida tan consumadamente ingleses que al principio supuse que solo podía ser prusiano.

Muchos *Deutsche Prinzen* desempleados incursionan en arte y antigüedades por esta parte de Knightsbrid-

ge y Chelsea. Esta gente, Fulano von Esto y Mengano von Aquello, suele moverse bastante por encima de sus magras posibilidades monetarias cuando se trata de ropa a medida. Él era multimillonario; tenía sin duda más dinero del que nadie puede gastar, y mucho menos necesitar, en toda una vida. También daba la talla a la hora de vestirse, sí, pero había que mirar con mucho detenimiento para advertirlo. Su dinero no gritaba. Susurraba en el frufú del más blanco algodón egipcio, la más refinada cachemira y el más suave cuero de becerro, y en el tictac del reloj de platino con el mecanismo más preciso jamás construido. Tenía tantos trajes más o menos idénticos de Savile Row que debían de ser tan descartables como pañuelos de papel: no me lo imagino molestándose en mandarlos a la tintorería. Y aunque me pasaba la mitad del tiempo mirando por el escaparate de la librería tratando de adivinar el origen de cada transeúnte ocasional, en su caso Rusia ni siquiera se me cruzó por la cabeza. No era tanto por el hecho de que su blancura hiperbórea no cuadrara con los pantanos helados del estuario del Neva. Algo más intangible en sus rasgos me llevaba hacia el viejo Königsberg. Angosta y cincelada como un alto vaso de cristal, con ojos azules un poquitín demasiado cerca de la nariz larga y recta, su cara lo hacía parecer más alto de lo que era y recordaba algo así como una criatura de otra época: el alma gemela de Ernst Jünger, un báltico errante o un amigo epistolar germánico de Byron pintado de espaldas por Caspar Friedrich cuando, sumi-

do en sus profundas reflexiones sobre el mar helado que ha contemplado hasta hace un minuto, comienza a volverse lentamente hacia el espectador.

Los rusos tenían una apariencia más dura, fornida y tosca, aun los que eran innegablemente guapos. No hablo de los rusos en general, desde luego, sino de los que vivían en el puñado de códigos postales más ricos de Londres, ese grupo autoelegido de hombres pertenecientes a la generación de *baby-boomers*, como se los habría llamado en Occidente. En Rusia habían hecho de su vida un círculo perfecto. Crecidos en apartamentos compartidos, habían ganado miles de millones con el petróleo crudo, el gas o sofisticadas estafas; los habían gastado en casas, caballos o putas y, de vez en cuando, en contratar asesinos a sueldo, para terminar por volver a las partidas de cartas con sus camaradas, tal cual habían hecho en los viejos y malos días del comunismo, con la diferencia de que ahora los rodeaban cuadrillas de guardaespaldas. Tendría que haber imaginado que también era judío. Pero en definitiva su judeidad era un asunto más importante para él y Natalia Summerscale que para mí. Ellos eran rusos, yo no.

Vengo de una pequeña e insignificante nación situada en un insignificante rincón de Europa, y me alegra que sea así. Para esta historia mi nacionalidad solo cuenta en negativo, solo en la medida en que no soy ni inglés ni ruso y solo porque, después de que todo ocurriera, fue lo único que persistió en las leyendas de las granuladas fotografías que nos mostraban a ambos y luego a

mí solo, como si fuera mi rasgo definitorio, a pesar de ser lo último a lo que hubiera apelado para describirme. Podría decirse que soy un matojo rodante, una de esas plantas que una vez madura se desprende de sus raíces. La condición de exilado no era en absoluto desagradable. Era lo que yo mismo había elegido.

Hoy, todos esos meses en Londres parecen tan fríos como noviembre. Mis recuerdos son vívidos pero se niegan a obedecer al calendario. Inglaterra no ofrecía estaciones para anclar la memoria. Los contados estallidos de azul habrían podido ser igualmente los de un Constable o un Turner: uno entraba a los museos para escapar a la llovizna. Llovía constantemente y el tiempo solo cambiaba cuando la lluvia se convertía en agua-nieve. Una o dos veces, de camino al trabajo, levanté la vista hacia las nubes que se cernían bajas sobre los anegados jardines y vislumbré tras ellas una pálida esfera: un sol temprano o una luna tardía, no había forma de saberlo, allí colgante como una falsa promesa. Aun en medio de la primavera parecíamos estar a *comienzos del invierno siguiente*, como todos decían en broma. A lo largo de la mayor parte de ese año sin estaciones la gente entraba a la librería, se estremecía, decía algo sobre el clima y luego clavaba la mirada en los lomos de los libros en los anaqueles mientras entraba en calor o hasta descubrir un título que quería; inspeccionaba un ejemplar y tomaba nota para pedirlo *online*. Aunque solo por el alquiler se iban ocho mil libras por mes, la

librería de Fynch también podría haber sido un salón de exposición para el comercio de libros en Internet. Apenas unas pocas personas, movidas por la culpa, compraban algo antes de volver a la lluvia: una postal o, si se sentían con ánimo de gastar, uno de los delgados volúmenes de poesía cuyas tiradas son tan pequeñas que las librerías de la *web* no se molestan en bajarles el precio. Aun con una cosecha tan magra el negocio se reanimaba una vez que el invierno parecía quedar atrás, pero solo apenas y en comparación con nuestras cifras habituales para la estación, que, admitámoslo, distaban de ser grandes.

Fynch no es el tipo de librería donde alguien busque libros para la playa, a menos, tal vez, que se trate de una playa privada. Y está definitivamente *fuera de los caminos trillados* —pocas veces ha sido tan cierta la frase hecha—, escondida en una de esas calles laterales donde no hay otras tiendas y los transeúntes son muy escasos. Solo alguien que no se entusiasme mucho con la venta de nada sepultaría una librería en una hilera de antiguos establos acondicionados como casas en la tierra de nadie entre Knightsbridge y Chelsea, dominio de decoradores de interiores y viviendas elegantemente amuebladas donde los volúmenes ilustrados de gran formato superan a los otros libros en una proporción de tres a uno. De paso, estos son los números reales, y no una manera de hablar.

Hay excepciones, y están en el “viejo Chelsea”. El “viejo Knightsbridge” ya no existe, a menos que se tome en cuenta la primera oleada de kuwaitíes desplazados por

el tipo de gente para la cual el petróleo, como materia prima, es hoy menos emocionante que los sorbetes de limón. Sin embargo, los llamados clientes habituales de Christopher Fynch que proceden del “viejo Chelsea” son ingleses hasta la médula, incluida su ropa interior de Marks & Spencer. Malgastan hasta las últimas monedas de su imperial caja chica con una discreción que incluye, sí, la compra de uno que otro libro. No prefiero forzosamente el “viejo” al “nuevo” Chelsea, con su usurpación europea y norteamericana de los estilos caballerescos, pero tengo una predisposición étnica al sentimentalismo cuando se trata de cualquier grupo de personas lo bastante estúpidas para dejarse expulsar de su propia tierra. Es una raza en extinción la del “viejo Chelsea”, y pronto estará tan extinguida como sus pedidos de biografías del vizconde Allenby o del cardenal Comosellama y su palique sobre Martin Amis como un joven escritor escabroso. Sus propios hijos prefieren parecer “nuevos ricos”, aunque no tengan un centavo.

La mañana en que me preguntó si, de ser posible —¡de ser posible!—, podía charlar un poco conmigo, lo había visto salir de un largo y plateado Bentley o alguna marca de esas, el tipo de automóvil que debe estar lo bastante blindado para soportar un ataque con granadas antitanque. No me imaginé que viniera a Fynch. Vacilaba y estaba tieso, con un ojo a medias cerrado mientras examinaba, como si tuviera un monócu-

lo en el otro, el letrero del negocio. Si bien debía de haber comprado más cosas que nadie que yo tenga la probabilidad de conocer en mi vida, no creo que se molestara a menudo en *ir de compras*. Todavía no del todo convencido de que estuviera a punto de entrar, lo observé a través del escaparate salpicado por la lluvia, detrás del cual permanecía sentado varias horas por día a un escritorio cubierto de facturas manuscritas (a los del “viejo Chelsea” les encantaban), debajo de un cartel que pedía a los clientes su apoyo a la librería independiente local. Éramos independientes, sí. Y también aficionados a los libros. A pesar del desorden, que generaba la impresión de una frenética actividad, me las arreglaba para leer un par de títulos por día, aun en los que pasaban por ser movidos. Está claro que nunca esperé tener que vérmelas con los “grandes negocios”, pero en este hombre todo hablaba justamente de eso, desde su manera de bajar del auto y dar breves instrucciones al conductor elegantemente trajeado que mantenía abierta la puerta del vehículo, hasta su actitud al deambular indeciso entre los anaqueles mientras yo terminaba una ínfima transacción y charlaba con una de nuestras clientes matinales, y el tono con que finalmente pronunció ese “de ser posible”.

Por aquí, hablar de clientes matinales era referirse en general a ancianas con cascos de pelo blanquinegro jaspeado y cuidadosamente peinado, que estaban levantadas desde las cuatro y media de la mañana y disfrutaban con la lectura de relatos sobre solteronas cultas de las

émulas de Anita Brookner o Sally Vickers, con los cuales sentían plena empatía a pesar de no ser solteras ellas mismas. Solo la viuda de un banquero puede darse el lujo de vivir sola en esta parte de la ciudad, y algunas de estas viejas duras habían enviudado varias veces de varios banqueros. Les gustaba hablar conmigo y matar el tiempo una media hora, antes de tomar el ascensor al café del último piso de los almacenes Peter Jones, donde pasaban ociosas el resto de la mañana. A sus ojos, el hecho de que yo fuera extranjero era una ventaja, porque disfrutaban explicándome las costumbres inglesas, aunque ahora estaban tan perdidas como yo en Inglaterra. Eran mis mejores clientes. Nunca compraban libros *online*, no porque les disgustara Internet sino porque ni siquiera sabían que tal cosa fuera posible.

No soy un caballero librero, si bien hice ciertos esfuerzos por parecerlo. Caí en Gran Bretaña a comienzos de los años noventa como desertor con un doctorado en literatura inglesa. Testimonio de una anglofilia platónica que, veinteañero, me pesqué como un virus engañoso, mi nada distinguida tesis sobre William Hazlitt era inútil aun en mi país, y ni hablar a bordo de la “nave madre Reino Unido”, donde ese tipo de doctorados en lit. ing. se consiguen de a dos por un penique y Hazlitt es un anticuado fuera de onda en medio de la moda del estudio posliterario de los ismos y la teoría. Llegué a Londres como refugiado en un mar de refugiados, parte de una ola que se formaba en los Balcanes

desgarrados por la guerra y rompía contra los duros pero porosos acantilados de Dover. Quienes se refieren a la generación perdida cuando hablan de Hemingway o Fitzgerald no tienen idea de lo que significa *perdido*.

Mi progreso desde *allí* (el piso de dos dormitorios de mi familia en una monstruosidad de hormigón en las márgenes de la capital, con su imagen congelada en la Polaroid de la memoria en el momento en que el cartero tocaba el timbre para entregar mi convocatoria al servicio militar) hasta *aquí* (la librería de Christopher Fynch en Chelsea una atroz mañana de lluvia) implicó no pocas mentiras, la primera pero no la última de las cuales fue la afirmación de mi madre de que ya me había escapado. Mentira que acompañó su negativa, a bocajarro y repetida tres veces, como si fuera algo bíblico, a firmar nada en mi nombre.

¿Quién habría imaginado que estaba en ella negarse a obedecer al Estado? Parecía una hoja que el más leve de los vientos podía hacer volar. Al día siguiente, cuando me llevó en auto hasta la frontera húngara en medio de la noche, ignoraba que el cáncer estaba devorándola. Más adelante, muchos de los que se quedaron para combatir despreciarían a gente como yo. Nos llamarían “novias fugitivas”. Mi madre era mejor persona que yo. Decía que prefería no volver a verme antes que verme con un arma en las manos. Su deseo se cumplió.

Visto a la distancia, mi camino a Londres parece relativamente indoloro. La muerte de mis padres,